PRESENTACIÓN
¿UNA BRÚJULA PARA EL PRESENTE? HANNAH ARENDT – CINCUENTA AÑOS DESPUÉS

Matías Sirczuk

En los últimos años, la irrupción de liderazgos, partidos políticos y movimientos de ultraderecha ha puesto en entredicho la confianza que teníamos en la continuidad de la vida democrática en países donde esta parecía firmemente asentada. Tanto en los debates académicos como en la discusión pública hay una tendencia a interpretar el fenómeno o bien en función de su contenido ideológico (en general, antigénero, antinmigración y racista) o bien en términos de su semejanza con experiencias políticas del pasado —entre las que destacan los fascismos de entreguerras o el populismo en cualquiera de sus variantes. Quienes establecen la analogía con el fascismo lo hacen sobre la base del predominio de la ideología que profesan, reduciendo la novedad de los procesos de exclusión a un mero desplazamiento de su objeto. Quienes lo interpretan como populismo, en cambio, suelen oponerlo a un modelo idealizado de democracia liberal, englobando bajo un mismo término experiencias profundamente heterogéneas. Incluso allí donde se reconoce la especificidad del fenómeno, a menudo falta una elaboración conceptual que permita nombrarlo y comprenderlo.

Estos enfoques suelen pasar por alto indicios que nos permiten sospechar que nos enfrentamos a algo nuevo: prestando atención a los acontecimientos podemos vislumbrar que las derechas radicales traen consigo una transformación de la escena política y de las formas de ejercicio del poder que difícilmente pueda ser subsumida a experiencias del pasado. Podemos notar una fragmentación de la esfera pública y de los modos de comunicación que no encajan en el modelo de la propaganda fascista; vemos emerger un tipo de liderazgo político que, incluso cuando accede al poder, no busca una identificación totalizadora con el pueblo, sino que se presenta como manifestación del «hombre común», ajeno a la «casta» a la que sigue denunciando desde el poder. Descubrimos una relación instrumental con la legitimidad democrática que, sin renunciar a ella, está marcada por la invocación del fraude y por la erosión del vínculo electoral característico de la sociedad de masas del siglo XX. Notamos también que las derechas radicales tienen discursos excluyentes, pero su antipluralismo parece de baja intensidad, no suprime el disenso ni acalla las voces de otros actores políticos, sino que los degrada a través del hostigamiento, la precarización o la agresión calculada.

Tal vez la verdadera analogía con los años de entreguerras del siglo XX resida, más que en la repetición de los hechos, en la dificul-